



AMÉN

Cuando imploramos su ayuda contra la tentación y contra las fuerzas oscuras del Maligno, invocamos con el nombre de «Padre» al Dios fiel, que quiere confirmar nuestra fe, revestirnos de su fortaleza, darnos la perseverancia y llevar a feliz término la obra de amor que El mismo ha comenzado en nosotros.

En todas las peticiones que dirigimos al Padre celestial, predomina la voz evangélica de la adoración: con ellas rendimos homenaje a su *paternidad*, que se nos ha revelado y ofrecido en Jesucristo.

El Padre Nuestro -que primero es la voz del Espíritu en nosotros y luego es voz nuestra dirigida al Padre-, es una especie de sacramento que revela y realiza lo que significa.

«Señor, enséñanos a orar». «Cuando, oréis decid...» (Lc 11,1-2). En Cristo, evangelio de Dios, el Maestro y el Salvador, son una misma cosa: lo que él enseña con su palabra y con su ejemplo, su Espíritu lo pronuncia y lo crea en el corazón.

El Maestro-Salvador, al enseñarnos a orar, ha querido revelar a nuestras mentes la riqueza de la oración que el Espíritu dice dentro de nosotros «con gemidos inefables». A través de su ropaje externo de fórmula de oración, el Padre Nuestro debe ser acogido como la oración por excelencia del pueblo de Dios; él es, el evangelio hecho plegaria. «*Creed en el evangelio*» (Mc 1, 15): cuanto más dejemos que el Evangelio se abra camino en nuestros corazones y cuanto más sensibles nos hagamos a la voz interior del Espíritu Santo, con tanta mayor fuerza y claridad expresará nuestra oración los valores del culto divino que el Señor nos ha querido revelar en el PADRE NUESTRO.

Amén. Así decimos al terminar de rezar el Padrenuestro, en la lengua misma de Jesús. Lo hemos traducido, por «así sea», pero, es mucho más que eso.

Amén significa que algo que se ha hecho es verdadero y el que pronuncia el *Amén* reconoce que lo verdadero es *válido y, por tanto, vinculante*. El Padrenuestro, que había nacido de un atrevimiento («*nos atrevemos a decir...*»), termina en una vinculación.

Amén no es un deseo, sino una afirmación: ***¡Así es!, ¡Así lo creo!, ¡Así me entrego! ¡Así confío!*** ¡Poniendo toda el alma en esto que he dicho!.

Amén es una palabra que compromete: con ella mostramos conformidad con alguien o aceptamos una misión, asumiendo la responsabilidad (cf. Dt 27,15-26). Se repite en muchos relatos del AT, especialmente en los momentos en que el pueblo renueva sus promesas. Muchos salmos y oraciones concluyen con esta expresión.

En Apocalipsis 3,14, a Jesucristo se le denomina como “***el Amén, el testigo fiel y veraz***”. Significa que Dios que se ha comprometido libremente, se mantiene fiel a sus promesas; es el Dios veraz y fuerte. El amén de Dios es Cristo Jesús. Por él realiza Dios de una forma definitiva sus promesas y manifiesta que en Jesucristo Dios nos ha dicho definitivamente: ¡sí! (cf. 2 Cor 1,19s), os amo, os salvo, ahí tenéis a mi Hijo, mi predilecto, escuchadle; en él lo tenéis todo. No busquéis otros salvadores, otras fuentes, otras palabras, en Cristo tenéis el camino, la verdad y la

vida. Este pacto es tan fuerte que ya nada ni nadie lo puede romper.

Si los cristianos queremos ser fieles debemos responder a Dios uniéndonos a Cristo, diciendo “amén” a su palabra, teniendo la convicción, la certeza, de que ahí tenemos la verdad, poniendo toda nuestra alma en aquello que decimos y hacemos.

Amén a todo lo que hemos dicho a lo largo de la oración del **Padre Nuestro**.

EL PADRE NUESTRO ES EL EVANGELIO DE JESUCRISTO

Los que creemos que Jesús era «el evangelio de Dios» (Mc 1,1; Rom 1,1ss; 2 Cor 4,4 ...) y el Hijo enviado por el Padre para salvar al mundo (Jn 3, 16-17; 20, 31), consideramos el Padre Nuestro como uno de los frutos más exquisitos de su venida a nosotros.

El Padre Nuestro es revelación, enseñanza, programa de vida, oferta y misterio de salvación condensado en unas pocas palabras y traducido al lenguaje vital de la oración.

«Enseñanos a orar» (Lc 11, 1). Y Jesús nos enseñó el Padre Nuestro, es la oración en la que el discípulo está invitado a mirarse como en un espejo. Pero en su verdad más profunda, el Padre Nuestro es la *escuela misma de la oración*, es un modelo de oración que revela la vitalidad personal de un orante nuevo, y, como tal, es realmente una gracia inestimable: en él se le ha concedido al pueblo de Dios la gracia de poder conocerse a sí mismo y la riqueza para orar de que ha sido hecho capaz.

Le ha sido concedido saber que su oración expresa el homenaje que Dios desea recibir de los hombres y que en ella pide las gracias que Dios desea concederles.

Orar es hablar con Dios. ¿Pero cómo podrá un hombre hablar con el Dios que «*habita en una luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver*» (1 Tim 6, 16)? Es necesario que la «carne» se revista del Espíritu, que el hombre que ha «nacido de la carne y de la sangre» reciba la gracia de «nacer de lo alto», de «nacer del Espíritu»; es decir, de convertirse en un ser que esté interiormente en armonía con las realidades celestiales y divinas (cf. Jn 3, 3-6). «*El mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables*» (Rom 8, 26). Jesús, al enseñarnos el Padre Nuestro, nos está revelando esos «gemidos inefables», que son a la vez la voz de nuestra oración y la voz del Espíritu que nos hace capaces de hablar con Dios.

El Padre Nuestro es la oración de los discípulos de Jesús. Cuando dicen «Padre», están orando como *imágenes vivientes* del Hijo, y oran así, impulsados por el «Espíritu del Hijo» que ora dentro de ellos (cf. Gal 4, 6).

Cuando confiamos al Padre nuestra pobreza, nuestra oración sigue siendo portadora, en lo más hondo de sí misma, del deseo de que se cumpla siempre la voluntad del Padre.

Cuando le pedimos que nos dé cada día la ración de pan que necesitamos, le rezamos como hombres y mujeres que han respondido a la llamada de su reino, que «buscan ante todo el reino de Dios y lo que es propio de él», que siguen a Cristo por el camino del servicio evangélico, como hombres y mujeres a los que se ha concedido «no temer», sino confiar en la Providencia del Padre que ha querido hacerlos discípulos de su Hijo.

Cuando le suplicamos que nos perdone nuestros pecados deudas, lo hacemos reconociendo en El al Padre que nos ha enviado a su Hijo como evangelio de perdón y de redención.